

IVON L'ESCAP

Cultura lingüística
Incultura del lenguaje

CONFERENCIA LEÍDA EN
EL ATENEO EL DÍA 17
DE DICIEMBRE DE 1917
ZARAGOZA

8745, exp 81

CULTURA LINGÜÍSTICA
INCULTURA DEL LENGUAJE

CELEBRACIONES
CENTRO DE INVESTIGACIONES

IVON L'ESGOP

Cultura lingüística
Incultura del lenguaje

CONFERENCIA LEÍDA EN
EL ATENEO EL DÍA 17
DE DICIEMBRE DE 1917
ZARAGOZA



MEMORIA

DE LA

COMISIÓN

DE

LA

COMISIÓN

DE

LA

COMISIÓN

DE

LA

COMISIÓN

DE

LA

COMISIÓN

DE

LA

CULTURA LINGÜÍSTICA

INCULTURA DEL LENGUAJE

Dos son las cosas que distinguen al hombre del animal—ha dicho Max Hert—, la palabra y la herramienta (1). La palabra, concreción del *saber* humano, y la herramienta, expresión de su *poder*, han señalado en todo tiempo, según haya tenido mayor predominio la materia o el espíritu, una doble tendencia de éste, que se ha manifestado en el lenguaje hablado y en el lenguaje escrito. Desde un principio, la expresión del humano pensamiento se ha bifurcado en dos líneas paralelas, las cuales han dado origen a *dos culturas* distintas, que nunca, o casi nunca, han convergido en una idéntica cultura lingüística, en una universal armonía hablada; y en todo tiempo la parte material y extrínseca al lenguaje, la escritura, ha obtenido la fórmula principalísima, la plasmación indiscutida del pensamiento humano. Aun hoy día, el grado de cultura de las edades prehistóricas se cotiza por la perfección de los utensilios de caza, pesca y labranza que usaron los primitivos y el progreso de las épocas históricas, por el modo cómo supieron transmitir a la posteridad el patrimonio espiritual de sus predecesores, sirviéndonos el lenguaje de maravillosa clave para descifrar, a través de las edades, el grado de cultura de las civilizaciones.

(1) Conferencia en la *Verein Deutscher Ingenieure*, en Francfort.

EL LENGUAJE A TRAVES DE LA ESCRITURA

Hablaron los hombres desde el principio de su creación, mas los ecos de sus voces, caídas en el abismo de los siglos, han quedado sepultadas para siempre en la noche de la prehistoria humana.

En los primeros días no disponía el hombre, para transmitir su pensamiento, de otro medio que de su palabra; y la palabra fué la que de generación en generación hubo de transmitir el patrimonio espiritual de los primeros siglos; mas acrecentándose el depósito de la tradición y consolidada la familia humana en un área geográfica, cada vez mucho más densa y más extensa, hizose indispensable arbitrar un medio de vencer la resistencia del tiempo y del espacio; y por esta causa hubieron de recurrir los hombres, desde las épocas más remotas, a los procedimientos MNEUMÓNICOS, que, en cierta manera y en su sentido más amplio, constituyen las primeras manifestaciones del lenguaje escrito; ya que representan, bajo la forma más fiel posible, el humano pensamiento. Así el pueblo hebreo, en épocas remotísimas, perpetuaba el recuerdo de sus grandes acontecimientos, dando nombre a una planta, a una montaña, a un altar, etc. Así Labán, en señal de alianza con Jacob, coge una piedra y, clavándola en el suelo, le da el nombre de *ghileat*. Por eso la cuerda con nudos de varios colores—*kipu* o *wampun*—fué uno de los recursos más usados por aquellos primeros pueblos para guardar la memoria de los sucesos más salientes, y de un modo especial para confirmar *visiblemente*, ante otra tribu, un mensaje oral; el mensajero oralmente debía desarrollar, ante la tribu a que fuese enviado, cuanto convencionalmente había sido vinculado en la cuerda con nudos de varios colores; con tal motivo iban sentándose los remotos fundamentos, rudimentarios e imprecisos, de la escritura del pensamiento humano.

Al período mneumotécnico sigue el período PICTÓRICO, mediante el cual la idea principal, que había de ser guardada, quedaba pictóricamente dibujada en signos y señales, dando, quizás, origen, ese modo de transcripción y transmisión del pensamiento, al antiguo tatuaje.

Al período pictórico sigue el período ideográfico en el cual la idea se hallaba representada de un modo esquelético y en colores, dando origen a la escritura JEROGLÍFICA. La casta sacerdotal halló en la escritura ideográfica y jeroglífica el modo de poseer, simplificando con signos convencionales la primera figuración del objeto, una escritura ininteligible para los profanos, dando origen a la escritura HIERÁTICA, o sacerdotal; mas luego, siendo ésa de uso bastante común entre el pueblo, se forma, simplificando aún más la figura hierática, la escritura DEMÓTICA.

Pero la civilización queda detenida y como adormecida en las sutiles redes del jeroglífico y del misterio, hasta que llega el período FONÉTICO, el cual da origen a las lenguas SILÁBICAS y ALFABÉTICAS, que han venido siendo las lenguas de la cultura, de la colonización y del progreso. La lengua adquiere entonces, por el Genio de la escritura, la solidez y perennidad del mármol y del bronce, fulgurando a nuestra mente por aquella, vivo y centelleante, el pensamiento mismo de Platón, de Aristóteles, de David, Salomón, Virgilio, Homero, Horacio, etc., siendo considerados por la escritura, en la república de las letras, como conciudadanos nuestros, las lumbreras más esclarecidas de todos los tiempos y países.

Verdad es que la principal razón de ser de la escritura es el lenguaje oral, debiendo de ser éste, sino exclusivo, el principal objeto de la lingüística; más efecto de mirar la imagen, la flamante fotografía de la palabra, la escritura, han sido invertidos—en peregrina ilusión de todas las épocas—los términos—, pasando a ser el objeto secundario, el principal; llegándose, en su camino de desviación, hasta afirmar que, sin la escritura, no sería posible que se mantuviesen sin al-

terarse los idiomas ; siendo así que la ciencia y la experiencia evidencian lo contrario ; pues, aunque la escritura puede influir, y—de hecho, influye poderosamente dando una mayor firmeza a la lengua, retardando, por tanto, sus cambios y mudanzas—; mas independientemente de la escritura, sigue la lengua su cauce natural y propio, la tradición oral, mediante la cual han sido transmitidos, antes de haber sido descubierta la escritura, y mantenidos después de ella, los hechos más insignificantes del lenguaje, como aun puede comprobarse en el lituanés, que es hablado en una parte de la Prusia oriental, y en una parte de Rusia, el cual, no siendo conocido por documentos escritos hasta el año 1540, sin embargo, a pesar de figurar en una época tan adelantada, conserva aún del indo-europeo una imagen mucho más perfecta que el latín del tercer siglo antes de Jesucristo. Víctimas de esta falsa alucinación han sido los humanistas, los lingüistas y el mismo Bopp ; y aun hoy día hombres eminentes y llenos de saber confunden la lengua con la ORTOGRAFÍA, creyendo a aquélla inmovible e inmutable cuando han conseguido tener bien fijados los signos ortográficos ; olvidando que la lengua, como la corriente de un río, como la misma vida, puede ser medida y encauzada, pero no es posible detenerla en su indefectible curso.

Con el grandioso triunfo de la escritura, que, si hemos de creer lo que nos dice una leyenda árabe, se remonta hasta Adán, el cual escribía sobre tierra endurecida ; que, según los indios, fué debida a Brahma, y, según los chinos, al sabio Tsang Chien, y, según un mito helénico, ideada por los fenicios, fué traída a Grecia, adquirieron vida los manuscritos, brillando entonces los códices, en manos de los religiosos, en aquella era de catorce siglos, como brillantes de innumerables y preciosas facetas, que condensaban en sí toda la belleza y riqueza de los siglos pasados ; llegando la escritura a su cénit, cuando tuvo lugar el portentoso descubrimiento de la IMPRENTA, sobre todo la TIPOGRÁFICA, la cual, multipli-

cando hasta lo indecible los escritos, y ofreciendo a bajo precio sus productos, pone al alcance de todas las inteligencias y de todas las fortunas el añejo legado del saber humano; siendo la prensa, en frase de Lamartine, el telescopio del alma, según la propiedad que tiene de acercar y poner en inmediato contacto, continua y perpetuamente, el pensamiento aislado del hombre, con el pensamiento del mundo invisible, en su pasado, presente y porvenir. Y por si ello no fuera bastante, últimamente, con los asombrosos descubrimientos de la FOTOGRAFÍA, que multiplica con maravillosa exactitud y colorido la imagen de los objetos; del TELÉFONO, que deja percibir, a centenares de kilómetros, clara y distinta, la voz de las personas o el ruido de las cosas; del TELÉGRAFO, que reproduce y fija con la celeridad del rayo, a través de los continentes, el pensamiento; del TELEAUTÓGRAFO que, en breve espacio de tiempo, reproduce a gran distancia las imágenes; de la RADIOTELEICONOGRAFÍA que, mediante ondas eléctricas, permite la transmisión a distancia de escritos e imágenes; del FONÓGRAFO, que fija en el tiempo las vibraciones pasajeras de la palabra que pasa, o del sonido que muere; del CINEMATÓGRAFO, mediante el cual queda impresa en el tiempo y en el espacio la imagen visible de un lugar y momento de nuestro bullicioso vivir; todos estos vigorosos y geniales descubrimientos, que han tenido lugar en el curso de los siglos, y se han producido y centuplicado en torno del pensamiento, en proporción directa del mayor dominio adquirido por el hombre sobre las fuerzas ocultas de la materia, la consagración solemne son de la escritura en toda su plenitud y perfección; recordando, a través de las edades, el imperio del pensamiento gráfico, el predominio de la primitiva *herramienta* de que se valió el hombre para exteriorizar su poder; palabra de acero y bronce que, en nuestros siglos de luz, toma por nombre *prensa*, escritura al fin del pensamiento, *herramienta* del espíritu.

EL LENGUAJE A TRAVES DE LA PALABRA

Y conocido el desarrollo que obtiene el lenguaje en el maravilloso proceso de su producción gráfica, pasemos, también, aunque no sea sino una simple ojeada, sobre el camino paralelo que sigue el lenguaje *a través de la palabra*.

Mas, desgraciadamente, así como del poder e ingenio de los primeros tiempos nos quedan, aunque débiles, señales, preciosos e inequívocos, en los artefactos, sobre todo de caza y pesca, que utilizó el hombre; de las primeras palabras proferidas por los labios humanos no nos quedan ni los más lejanos ecos adormecidos en la débil brisa que mece las flores, efímeras vibraciones, que desaparecieron, como las nubes en el cielo, como la estela de una nave en el mar, apenas nacidas, sin haber dejado el menor surco de su pasado.

Mas no de igual modo, porque, así como ni un granillo de arena que el viento se lleva se pierde, ni desaparece, según parece la ciencia precisar, un átomo de energía; así tampoco podía perderse el verbo hablado, la palabra, esa fuerza fragorosa y potente del hombre, esa dinámica espiritual que pone en comunicación y en constante conmoción a todos los pueblos, perpetuándose los ecos primeros de las primeras voces de los hombres, en una u otra forma, sin solución de continuidad, a través de todas las generaciones y latitudes de la tierra, en la

TRADICION UNIVERSAL

recogiendo ésta, en las palabras de todos los hombres, en la polifonía de todas las lenguas, el saber de todos los humanos. Existe, pues, una voz colectiva, un patrimonio lingüístico universal. Y ese patrimonio lingüístico, distribuído en la inmensa área del globo terráqueo, es el que ha dado origen, y dará ser, desde la primera voz que emitió Adán, hasta la postrera

palabra que pronunciará el último de los humanos, a todas las lenguas habladas de la tierra.

La primera tentativa del estudio de las lenguas fué debida por constatar el hombre sobre el área geográfica la existencia de distintas lenguas habladas. De la distinción surgió el natural deseo de buscar analogías; ésas evidenciaron un común parentesco entre aquéllas, por poseer, como acontece a nuestras lenguas neolatinas con el latín, un mismo tronco común, deduciéndose por ahí la existencia de una familia lingüística; y, subiendo en la comparación un grado más, se vino en conocimiento de semejanzas y analogías entre otras familias, dando origen a las diversas familias indoeuropeas, semíticas, bautoue, etc. (conjunto estas últimas de lenguas habladas por los pueblos del Africa Sud-ecuatorial). La ciencia lingüística, antes de hallar su verdadero objeto, pasó por tres fases sucesivas, en la primera de las cuales se dió toda la preeminencia a la

GRAMATICA

Esta época, que constituye la *era de los gramáticos*, inaugurada por los griegos, fué el primer paso de avance hacia la verdadera ciencia lingüística; mas encerrados los gramáticos dentro de los moldes estrechos de las reglas gramaticales; entretenidos en distinguir las formas correctas de las incorrectas, ensimismados en la espesa malla de la sintaxis y la ortografía, quedan detenidos y rezagados, mientras la lengua avanza, segura y majestuosa, deslizándose tranquila y sin parar por el lecho de la tradición oral, en busca de su progreso indeficiente.

A los gramáticos siguieron los

FILOLOGOS

La filología, aunque, en algún modo, fué conocida por los antiguos, pues sabido es que existió en Alejandría una escuela de filología, sin embargo, no empezó a orientarse por el sendero del progreso científico hasta que en 1777 Federico Wolf puso en práctica los trabajos de crítica e investigación, internándose por los campos de la historia literaria, usos, costumbres, instituciones, etc., etc.; pero, a semejanza de los gramáticos, con el empeño perfidioso del estudio y cotejamiento de los textos, ven pasar los filólogos de esta época ante sus ojos preocupados la antigüedad griega y latina, absorbiéndoles casi por completo la lengua escrita, mientras se les escurre, casi sin apenas darse cuenta, la realidad lingüística de cada país, la lengua viva.

Inauguróse el tercer período al descubrir, en 1816, Franz Bopp que las lenguas podían SER COMPARADAS entre sí. Y aunque no fué éste el primero en comprobar afinidades en las lenguas, fué quien logró dar, con su «*Système de la conjugaison du sanscrit*», forma científica a la filología comparada; haciendo entonces ruidosa aparición en el estadio de la lingüística hombres tan eminentes como Grimm, Pott, Kuhn, Benfey, Aufrecht, Müller, Curtius, Schleicher, etc.; mas esta escuela, que tiene el mérito de abrir a la lingüística anchos y claros horizontes, no consigue dar con el verdadero objeto de esta ciencia, el cual no se alcanza hasta que romanistas y germanistas, haciendo de la comparación, no el fin de su ciencia, sino un medio de reconstitución de los hechos, entran de lleno, desde 1870, al estudio de la vida de las lenguas, buscando en la lengua actual e histórica, en las grafías y en los fonemas, el objeto principal de la lingüística, aprovechando la preciosa colaboración que venía a ofrecerles el progreso, con los nuevos adelantos de la FONÉTICA, la cual, aunque fué también inaugurada por los griegos, quedó, sin

embargo, detenida, casi en su primitivo estado, hasta el siglo XVII, no revistiendo los caracteres de verdadera ciencia hasta mediados del siglo XIX, llegando a su plenitud, cuando Rousselot, el más grande de los fonetistas modernos, puso las bases de una nueva ciencia, la FONÉTICA EXPERIMENTAL, que, aunque controvertida por no pocos detractores, a la cabeza de los cuales va Otto Jespersen, había de señalar, en lo sucesivo, una nueva tendencia a la lingüística, hermanando con el estudio de las letras y las sílabas el sonido de las voces y palabras.

Y, colocada en este terreno la cuestión, *así situada la lengua en la lingüística*, desde esta altísima cumbre en la cual se domina, en síntesis suprema, todo el grandioso panorama del tiempo y del espacio, que gira alrededor de la palabra, resulta evidente que ya no es la lengua hija de la gramática, sino la gramática hija de la lengua; ni son los antiguos textos ni los estudios comparados los que hacen el lenguaje, sino que el lenguaje es el que hace posibles y viables todos los estudios de cotejo y comparación de las lenguas; ni son los órganos productores de la palabra, ni la misma fonación la lengua, sino que es el lenguaje el que se vale de aquellos órganos y estas fonaciones para producir la palabra; ni es la etnografía, ni la paleontología, ni la prehistoria, ni la antropología, la sociología, la fisiología, la fonología, ni la misma psicología la lengua, sino que es la lingüística la que se vale de todas esas importantes disciplinas humanas, relacionadas con el lenguaje, para discernir a través del tiempo y del espacio, en las leyes y en las artes, en las ciencias y costumbres, en la política y religión, a través del entronque o desplazamiento de tribus y razas, en la estructura social de cada pueblo, el habla indígena de cada país; sirviéndole a la lingüística todo ese maravilloso y formidable *utillage* de instrumentos habilísimos para estudiar la PALABRA viva, ese acto individual de entendimiento y voluntad, y el LENGUAJE, palabra social, hecho colectivo, fruto a la vez de la palabra y del

lenguaje, el cual almacenando en sí el conjunto de convencionalismos necesarios, adoptados por toda la masa social, hace posible, en los individuos, el ejercicio del lenguaje. Así tomada la lengua, en el elemento heteróclito del lenguaje en general, es un todo homogéneo en el cual únicamente distinguimos, como esencial a él, la unión del concepto espiritual con el elemento acústico, también espiritualizado, que le da forma. El lenguaje, por su unidad ancestral y por su continuidad en el área geográfica, presenta el raro fenómeno, como el mar, como la luz, de lo uno y vario, de lo inmutable y cambiante en el ritmo perpetuo de la vida. Es el lenguaje el punto radial de investigación y estudio para internarse en el conocimiento de los elementos extrínsecos al lenguaje en las ciencias de la lingüística, y en todas las demás disciplinas del saber humano, que dicen alguna relación con las que las alimenta y relaciona a todas, el lenguaje. Permite la ciencia moderna llegar, en el estudio y conocimiento de las lenguas, a un grado de perfección muy superior al obtenido hasta hoy con la escritura ortográfica, fiel, pero fría; exacta, pero momificada y muerta, sin alas ni alientos para seguir, volando, el curso sonoro del pensamiento hablado que, en los acentos de todas las lenguas constituye la única realidad lingüística de cada país: el lenguaje hablado, que, diseminado por toda la tierra, con tanta suavidad como naturalidad, hace imposible señalar las fronteras naturales de cada lengua y de cada forma dialectal, siendo precisos estudios superiores, sintéticos y de conjunto, para discernir cumplidamente la pulquérrima fisonomía, bellísima y personal, inconfundible, de cada uno de los diversos idiomas que brillan, como estrellas erráticas y fugaces, en el firmamento de cada una de las civilizaciones que han dejado un surco en la historia.

INCULTURA HABLADA

Mas, desgraciadamente, esa perfección lingüística que constatamos en las gramáticas, en las Academias y en los Laboratorios, no trasciende, según una triste experiencia nos permite comprobar, en el léxico corriente de los pueblos.

Es la palabra esencial al lenguaje, sin la cual éste no sería posible; mas es también el lenguaje esencial a la palabra, de tal modo que, sin aquél, no hay palabra. Hay que distinguir en la expresión del humano pensamiento dos elementos esenciales, el concepto y los fonemas; así un hombre puede hablar interiormente, y hasta pronunciar todo un discurso o un poema, sin mover los labios ni la lengua, ni emitir el más ligero sonido; pero no tiene efectividad real y extrínseca la palabra hasta que el hombre ha conseguido poner en movimiento el aparato productor de la palabra, y emitir fonemas, representativos de sus conceptos.

La palabra es un hecho individual; el lenguaje un hecho social. Tienen las lenguas una fuerza que podríamos denominar *centrípetas*, la cual tiende a mantener en perpetuo equilibrio los valores sociales del lenguaje, produciendo un todo estático, sincrónico y permanente; es el capital lenguaje, son los valores tradicionales que naturalmente tienden, como todo ser, a resistir y eliminar cualquier elemento extraño que se les interponga; y otra fuerza que podríamos denominar *centrífuga* que tiende a disipar y disgregar los valores del lenguaje, dividiendo, hasta pulverizarla, la primera unidad lingüística, dando origen a nuevas formas dialectales y hasta a nuevas lenguas: es el elemento dinámico y transformador, diacrónico y evolutivo del lenguaje; es la savia vital, la sangre oxigenada que fluye y refluye por todos los órganos y tejidos del lenguaje; y la resultante de estas dos fuerzas encontradas constituye el lenguaje actual, influído por toda la masa social lin-

güística anterior, y por el fermento de innovación que se origina del conjunto de esfuerzos individuales que tienden a hacer evolucionar, hacia una perfección indefinida, la actual masa hablada.

Objeto del estudio de los gramáticos fué el estado estático, sincrónico, de las lenguas; y objeto casi único de la filología, iniciada en Bopp, fué su estado evolutivo y diacrónico; debiéndose a la moderna lingüística haber sabido hermanar el estudio estático y el evolutivo, buscando en la lengua todas las manifestaciones actuales e históricas del lenguaje humano, y estudiando, a la vez, las fuerzas permanentes y universales que rigen las lenguas, y los hechos particulares que explican los fenómenos disolventes y transformadores que se registran en la vida de las mismas; reconociendo en la lengua un todo solidario y un conjunto de alteraciones, momentáneas e individuales, que constantemente tienden a cambiar todo el sistema de la lengua; reflejando estas leyes que regulan la vida de las lenguas, la eterna lucha, gigantesca y tenaz, que se observa en la sociedad, entre los que están en posesión y los que pugnan por posesionarse de los puestos que aquéllos ocupan, y el hecho biológico de la substitución molecular; puesto que siempre que se presenta en el lenguaje el fenómeno del nacimiento de una nueva palabra, se establece una concurrencia con la antigua expresión, y si esta última adquiere viabilidad, cae indefectiblemente en desuso la primera, por resistirse el lenguaje, como la sociedad, a mantener inútilmente dos voces para un mismo significado.

Por la fuerza estática se resisten las lenguas a cambiar; por la fuerza dinámica se resiste el lenguaje a permanecer intacto.

Importantes son las leyes que tienden a mantener en su mismo estado a la lengua; ésta se impone a los individuos como una fuerza mayor, como un todo perfecto y consumado. Viene siempre de más lejos la lengua y, por remotísimas épocas a que nos remontemos, siempre nos encontramos con el

lenguaje de la época anterior, que nos subyuga con el magisterio de su autoridad ancestral; y el mismo número y arbitrariedad de los signos, sin ningún motivo racional que obligue a aceptar unos sonidos u otros, en la infinita gama de fonaciones posibles, que exijan, por ejemplo, decir a los castellanos *padre*, y a los catalanes *pare*, y a los franceses *père*, o *madre*, *mare*, *mère*, o bien a los ingleses *father* y *mother*, etcétera, y la misma complejidad del sistema, difícil de ser aprendido, y sólo por los abezados en él desde la infancia capaces de dominar del todo, junto con la resistencia que ofrece la inercia de la masa hablante, la cual constantemente reacciona contra toda innovación, causas eficacísimas son de la permanencia e inmutabilidad de las lenguas. Son un todo social y armónico. Constituyen la obra anónima y paciente de las generaciones que fueron. Son el eco de sus voces y gemidos, de su pensar y querer, de sus odios y amores y esperanzas; son el patrimonio espiritual de cada pueblo, el espíritu de cada raza, la madre común, la misma Patria hablando en cada lengua; por todo lo cual es abrazado el lenguaje nativo, como en los grandes amores sublimes, sin razonar ni discutir sus cualidades y defectos, querido y respetado hasta en su incultura y en su misma miseria y abyección. Y ésta es la causa de la gran dificultad que se experimenta al querer intentarse cualquier reforma del lenguaje; y por desconocer la complejidad del sistema, se desiste fácilmente de acometer, o continuar, empresas de gigante que sólo con el concurso de la masa hablante, y del tiempo, pueden tener realización cumplida; y ésta es también la razón del porqué todo el poder humano se estrella, al imponer, por mandato, una lengua, cuando choca aquél con una refractaria masa social, que se rebela; no entran las lenguas por imposición, ni por presión, sino por penetración pacífica, por una imperceptible difuminación, que el tiempo consolida.

ES EL TIEMPO

el principal factor de los cambios y mudanzas del lenguaje. El los forma y él los deforma; él los alienta y él los mata. Como en las altas montañas el tiempo, copo tras copo, va formando los grandes glaciares, y es el mismo tiempo que, con el calor, gota tras gota, va fundiendo la nieve acumulada, así en el lenguaje, palabra tras palabra, va formando, en las inaccesibles alturas de la tradición, el depósito lingüístico de cada lengua y, después, utilizando el mismo calor vital de la lengua, palabra tras palabra y concepto tras concepto, va cambiando y transformando el lenguaje hasta llegar a constituir una realidad lingüística, semejante en un principio, distinta después, y, por fin, completamente diversa, constituyendo una nueva lengua, hija no obstante de la antiquísima tradición. Es únicamente por el hecho evolutivo y dinámico de las lenguas que se pueden esperar todas las grandes reformas y graduales evoluciones del lenguaje, siendo imposible en los mismos ninguna revolución, por oponerse a todo cambio repentino la ingente masa social hablada: palabra tras palabra las lenguas se edifican, y palabra tras palabra se demoran o consolidan, se deforman o se reforman.

Es el tiempo el que preside la evolución fonética que se observa en el lenguaje, la cual parece tener, sino su ley, alguna explicación en la ley del menor esfuerzo; substituyéndose un sonido, o conjunto de sonidos, por otro, u otros más fáciles; y como que la pronunciación, o sea el empleo de sonidos para expresar determinadas ideas, se efectúa de un modo inconsciente en el lenguaje materno, y cada persona o generación no conoce de la lengua sino como en su tiempo es hablada, van cambiando insensiblemente los valores reales del lenguaje, intensificándose aún más esas mudanzas, en nuestros días, por la inestabilidad fonética, que se acrecienta por el intercambio continuo que establece la vorágine de la vida

moderna en un cosmopolitismo universal; y, no siendo el lenguaje un todo hecho, sino un todo que, por imitación, a cada instante se ha de rehacer; aparte de que las imitaciones, por perfectas que ellas sean, nunca son exactas, y los hombres, así como tienen una fisonomía propia, y bien definida, tienen también distintos y personales, no sólo los conceptos y los modos de construir las frases, sino hasta la misma fonación; y, si a todo eso se añade la Analogía, cambiando las palabras y las voces, restaurando paralelismos destruidos y antiguas deficiencias; la constante renovación del léxico por la introducción, en el lenguaje, de nuevas palabras, sean derivadas o completamente nuevas, y la perpetua alteración semántica, que se efectúa por el cambio que sufren, no las palabras, sino el espíritu de las mismas, el significado, fácilmente se comprenderá que, inevitablemente, están sujetas las lenguas a un cambio permanente, que, constituyendo a cada instante un estado lingüístico vaporoso e impreciso, indefinido y flotante, se consolida después, con el concurso de los siglos, y cristaliza en la masa lingüística general, creando nuevas formas dialectales y hasta nuevas lenguas. Y si, a más de todo lo dicho, se considera que la lengua es patrimonio de toda la masa hablante, y que a nadie le está vedado introducir los fonemas que quiera, junto con los significados que mejor le plazcan, pues el lenguaje es la suma cuantitativa y cualitativa de todos los que hablan, fácilmente se comprenderá la extensión e intensidad de esa fuerza dinámica en el estado diacrónico de las lenguas, y lo expuestas y obligadas que están todas las lenguas que existen, aun contra todas las naturales y artificiosas resistencias, a ser renovadas o deformadas, a seguir creciendo y elevándose en perfección, o a ir bajando y decreciendo, hasta degradarse del todo, según sean el número y calidad de las voces y palabras que sean echadas en el torrente circulatorio del lenguaje hablado; siendo por esta causa el INDOCTO, *el que no habla bien*, y el INEDUCADO, *el que habla mal*, las dos fuentes personales princi-

palísimas de disolución y corrupción de la vida del lenguaje. La falta de cultura y la carencia de educación señalan las dos líneas culturales y educacionales que forzosamente hay que seguir si se quiere centrar constantemente el lenguaje en su camino de vialidad y perfección, orientándolo hacia los definitivos derroteros de la civilización.

CULTURA Y EDUCACION

He ahí los dos caracteres que se destacan bien precisos al intentar situar, no precisamente la lengua en la lingüística, como hasta aquí hemos pretendido hacer, sino el *hombre en el lenguaje*. El hombre relacionado con la lengua; esto es, el hombre al nacer y al crecer, al vivir hablando, y el lenguaje social que va acrecentándose y enrobusteciéndose por la tributación de todos los tesoros lingüísticos que cada individuo aporta en él.

Es el hombre un ser que habla; mas al nacer no habla, sino que viene al mundo mudo, sin lenguaje. Es preciso, antes que empiece a articular una palabra, que hiera fuertemente sus oídos, y conmueva todo su ser, con recios aldabonazos, el lenguaje social; de tal manera que, si no le es posible recibir las ondas acústicas del lenguaje exterior, por carecer de oído, sordo que es, permanecerá mudo toda su vida. El animal tiene su voz, pero el hombre, si quiere hablar, ha de aprender su lenguaje. Esto, que corrobora lo que insinuábamos en un principio, o sea, que el lenguaje no son los labios, ni la lengua, ni el aire pasando con ruido por la laringe, las fosas nasales, ni la cavidad bucal, pone de manifiesto que consiste, en lo que afirmábamos, esto es, en la compenetración del *verbum mentis* con la imagen acústica espiritual, que la colectividad humana convino en relacionar con

un concepto o idea determinado; heredando el individuo, al venir al mundo, todo ese patrimonio lingüístico de sus mayores. Por esto resulta ser el lenguaje hereditario, pero es a la vez fruto de conquista, en cuanto cada uno debe hacérselo propio, asimilándoselo del ambiente; de tal manera que, si ese factor de trabajo humano, de reacción personal contra el ambiente social, falta, no prende el lenguaje en los labios de los individuos, permaneciendo éstos extraños, sordos y mudos al medio lingüístico social donde se hallan. Es el caso de los extranjeros, los cuales, poseyendo uno o más idiomas, se encuentran en un medio lingüístico desconocido para ellos; mientras no consigan distinguir los fonemas acústicos y asociarlos a los conceptos que aquellos representan, no les es posible comprender la nueva lengua; y, aunque logren distinguir perfectamente y retener en la memoria las fonaciones acústicas, asociándolas a sus respectivos conceptos, comprendiendo entonces bien el lenguaje que les era extraño, sin embargo, no lo hablan hasta que logran reproducir exactamente aquellas mismas fonaciones, representativas de las ideas.

Por esto importa tener en cuenta que existen, según afirma la doctora Montessori, en el desarrollo del lenguaje, dos períodos. Uno inferior, que prepara las vías nerviosas y los mecanismos centrales que ponen en relación las vías sensoriales con las motoras; y otro superior determinado por las elevadas actividades psíquicas, las cuales se exteriorizan por medio de los mecanismos del lenguaje, preparados anteriormente (1). En el esquema del mecanismo del lenguaje, que describe Kussmaul, hay que distinguir una especie de arco distáltico cerebral, representativo del mecanismo de la palabra, que se establece al formarse el lenguaje; sin embargo, pueden ser formados centros parciales para los sonidos y las sílabas, como lo demuestra la patología del lenguaje al constatar, en casos de disfasia centrosensorial, que el enfermo no puede

(1) *Método de la pedagogía científica*, pág. 221 y sig.; ed. Araluce-Barcelona.

pronunciar más que sonidos y sílabas. Ahora bien; se inicia el lenguaje en el niño, así que la palabra pronunciada significa para él una idea; y se considera en estado de desarrollo y progreso, cuando por encima del arco diastáltico, donde la formación del lenguaje es todavía inconsciente, tiene lugar el reconocimiento de la palabra, de modo que ésta es percibida y asociada a su objeto.

Desde este momento sigue su curso, desarrollándose el lenguaje, a medida que el oído distingue con más perfección los sonidos que componen las palabras, y las vías psicomotoras se adaptan mejor a la pronunciación de las mismas.

En esta época crítica y preciosa, única en la vida del hombre, mientras se van fijando, perdiendo su permeabilidad, las vías motoras del lenguaje, es cuando se puede aprender con toda su perfección cualquier lenguaje; y, pasado este lapso de tiempo se hará ya muy difícil, por no decir imposible, aprender, con toda perfección, ninguna otra lengua, consiguiéndose sólo, con grandes esfuerzos y trabajos, imperfectamente, lo que sin ningún esfuerzo ni trabajo, *viviendo* la lengua, en esta época—de los dos a los siete años—, se hubiera conseguido. Por esto no sólo importa higienizar el medio social hablado, por ser ése la cantera de donde saca el niño su lenguaje, sino que conviene, sobre todo, corregir al mismo tiempo en el niño los defectos más notables de pronunciación, hablándole, desde la primera infancia, sin diminutivos ni ridículas deformaciones el lenguaje natural, que deberá usar más tarde aquél, ensayándole en los métodos de pronunciación y vedándole con toda energía el empleo y uso de palabras que no entran, ni debieran tener nunca cabida, en la estructura cultural de ninguna lengua, corrigiéndole, según ocurre en nuestras lenguas flexibles, el rotacismo o la imperfecta pronunciación de la *r*, el sigmatismo o la imperfecta pronunciación de la *s*, el gammacismo o la defectuosa pronunciación de la *g*, el jotacismo o la imperfecta pronunciación de las guturales, el lambdacismo o la imperfecta pro-

nunciación de la *l*, la mogilabia o la defectuosa pronunciación de las labiales, y la supresión del primer sonido de la palabra, y, además, toda palabra extraña e inculca que no sólo deforma, sino que mancha con cieno vil de la charca el lenguaje social; porque de no corregirse a tiempo y bien estos defectos, persistirán, pegados a la lengua, toda la vida, produciendo un lenguaje vicioso y defectuoso, el cual, dejando caer en el torrente circulatorio del lenguaje social esos detritus de la lengua, serán absorbidos y transmitidos a las nuevas generaciones, consolidando entonces éstas un nuevo estado horrendo y terrible de incultura e inmoralidad lingüística social, que llevaría siempre en su seno el germen de su propia degeneración y corrupción.

Pero no es únicamente la *ignorancia* la causa de que el hombre no hable bien, es, además, la malicia. No hablan bien muchos, no por no *saber*, sino por no *querer*; y aquí entramos de lleno en el campo educativo y moralizador que, con tantos bríos y alma, durante diez años consecutivos, ha venido roturando, en artículos periodísticos y folletos, en libros, mitines y conferencias, valiéndose de todos los medios y recursos, la *Lliga del Bon Mot*. Mas antes importa que lo repitamos, a fin de que quede bien sentado, contra lo que vulgarmente viene creyéndose que, no todo se debe a la falta de educación, sino que todo, o casi todo, es debido a la falta de *instrucción*; no tanto radica el mal, en el mal moral, sino, principalmente, en la escasez de bien natural, en la falta de solidez y tecnicismo que ha imperado, desde siempre, con respecto al lenguaje hablado, en la escuela y en los centros de enseñanza superior, por no haberse empleado medios pedagógicos suficientes, o adecuados, para cimentar y robustecer desde la infancia, y durante toda la vida, la lengua indígena de cada país. El principal y casi único factor de la cultura langüística hablada ha sido la gramática tradicional, de todos conocida, capaz de seguir con su morfología y sintaxis el curso normal de una lengua muerta y apagada de

voces y sonidos, pero del todo insuficiente para seguir el raudo vuelo de ninguna lengua viva. Y, como que el hombre es eminentemente social y necesita, para vivir y progresar, del lenguaje, sino le es posible adquirirlo en la cristalina fuente de la cultura, necesariamente irá a beberlo en las cenagosas aguas, aunque sea manchándose los labios y el corazón, de la incultura de la calle. En todo tiempo, los dos únicos grandes factores que han imperado en la formación del ambiente lingüístico hablado, han sido la *escuela* y el *arroyo*; mas como que la acción cultural de la escuela no trasciende más allá, o muy poco más allá del lenguaje escrito y literario, propio de la vida literaria y académica, del púlpito o la tribuna, el lenguaje del pueblo no resulta ser, de hecho, la resultante natural de la cultura de la escuela, sino de la incultura de la calle, engendrándose por esta causa, natural y fatalmente, un lenguaje plagado de lacras y lacerías, fruto ruin y malsano del milenarismo abandono en que se halla, en todas las partes del mundo, el lenguaje hablado.

Y tanto es verdad lo que decimos, que se observa el fenómeno en muchos pueblos hasta de grande cultura literaria, que únicamente se conoce que han saludado las aulas los que hablan, por lo que dejan escrito, o peroran desde el púlpito o el escaño; pero en punto a que dejan la pluma, o se despojan de la toga, acostumbran a usar, en su lenguaje corriente y moliente el ordinario *argot*, frecuentemente de mal género, y siempre de mal gusto, rebajado y rebajante, con que expresan sus pensamientos la gente inculta de la plebe. Y este fenómeno que, con pocas diferencias, se repite en cada pueblo, explica el grado de rebajamiento y abandono en que yacen, en general, todas las lenguas habladas.

Bien es cierto que no todos los defectos de pronunciación, ni todas las palabras, aunque hayan sido echadas en el álveo de una lengua, entran en la corriente lingüística, que acepta y pone en circulación la masa social; hay, por fortuna, millares de locuciones estériles, expresiones sin mañana

ni ninguna sucesión, porque la lengua no retiene más que la mínima parte de las creaciones de la palabra, pero si aquellas se repiten, van gradualmente siendo aceptadas por la masa social, y, entonces, arcilla de la misma lengua, carne de su carne, hueso de sus huesos y alma de su espíritu, ingeridas y asimiladas, van entrando e integran el patrimonio lingüístico que la generación presente capitaliza, para transmitirlo todo entero, con toda su integridad, a las nuevas generaciones; y si en el lenguaje, a más de formas incorrectas, a más de los vicios de pronunciación, a ciencia y paciencia de todos, viven y crecen entrelazadas con las palabras de buen gusto y buena ley viles locuciones, procacidades y blasfemias, alimenta entonces en su corazón el lenguaje el germen de su disolución; en su frente se destaca el estigma infamante del desprecio y la deshonra y lleva, como la víbora, la muerte en sus mismos labios.

No se nos oculta que difícil y largo y trabajoso es el que todos los hombres obtengan, por la cultura, un exacto conocimiento de su propia lengua; pero es mucho más fácil y hacedero que, por razones de decencia y cortesía, por interés y dignidad, por educación y religión, por amor o por temor, *dejen de proferirse* palabras viles y blasfemas, locuciones sin luz y sin aroma, consiguiéndose fácilmente el objeto principal porque fueron inauguradas y establecidas las *Lligas del Bon Mot*, y demás ligas del Buen Decir que se hayan establecido, o que en adelante se constituyan.

FALTAN ORGANISMOS

Por esto, después de dos lustros de constante contacto con el pueblo, durante los cuales, oyendo sus palabras y sus voces, hemos tratado, poniendo a contribución todo nuestro saber y nuestro poder y la cooperación eficacísima de todas las clases sociales de elevar, dignificándolo, el lenguaje caído y raído,

maltrecho y mal parado del pueblo, orientándole hacia los caminos serenos y puros de la ética y de la estética, hemos visto que, sin un lastre de trabajo personal y cultura lingüística social, serían, sino estériles, deficientes nuestros esfuerzos; por eso, al mismo tiempo que trabajamos el pueblo, sin abandonar la calle ni la plaza, hemos creído oportuno dirigirnos, desde esta altísima tribuna, a los gobiernos de todas las naciones y a todos los Estados — mientras en crueles agonías de muerte, en las trincheras de Europa se está operando, en sangrienta gestación, una completa renovación de todos los valores sociales, preparándose para los futuros pueblos una nueva Era, ruinoso o glorioso, según sean nuestros esfuerzos o nuestro abandono, lo que triunfe;—hemos creído llegado el momento de centrar la cuestión de moralidad y decencia, de ética y estética, que incluyen todas nuestras propagandas por el buen decir, en el eje inquebrantable de la cultura del lenguaje, dirigiendo, desde ahora, nuestros esfuerzos a la técnica lingüística, renovando y transformando los antiguos métodos pedagógicos de las escuelas, y templando toda la cultura lingüística en las ardientes fraguas, en los altos hornos de los Estudios Superiores, donde se estudien y profundicen, siguiendo la marcha del progreso, todos los dialectos y lenguas habladas.

Verdad es que empieza a introducirse en las escuelas la costumbre de corregir, con métodos pedagógicos, graves defectos de pronunciación, como son la tartamudez, esforzándose algunos maestros de sordo-mudos y otros diestros cultivadores de la ortofonía, en corregir, en la infancia, las principales anomalías del lenguaje; pero todavía no se ha generalizado la idea de una gimnasia metódica del lenguaje, basada en las leyes gramaticales y fonéticas, con la perfección y precisión que hacen hoy posible los modernos recursos de la ciencia lingüística. Aun hoy día, de la mayor parte de las gramáticas es excluida la lexicología, o sea, la ciencia de las palabras; son las palabras células vivas de la lengua, siendo

por tanto necesario conocer, no sólo las diversas categorías de las palabras (verbos substantivos, adjetivos, pronombres, etc.), y las diferentes formas de flexión (declinación, conjugación, etcétera), que estudiamos en la morfología, sino, también, el verdadero sentido y pronunciación de las mismas, que se alcanza por la lexicología; habiendo llegado el momento de que sea abordado de lleno el estudio del lenguaje con toda la intensidad y amplitud que el caso requiere, creándose a este fin, en cada región o comarca, una Academia o Instituto en donde estudiándose el léxico vivo de aquella demarcación, se enlacen sus trabajos de investigación con los Altos Centros de Cultura Lingüística Nacional, en los cuales sean cultivados todos los idiomas del país, y desde donde, merced a un nutrido y docto profesorado técnico, a los laboratorios de fonética, y densas bibliotecas de lingüística, sea posible hacer irradiar, hasta las Universidades y Escuelas inferiores, las normas, seguras y precisas, de pura pronunciación, y el conocimiento exacto de la lengua respectiva; poniéndose en circulación, desde aquellas altísimas metrópolis del lenguaje, un léxico rico y perfumado, natural y noble, que, irradiando hasta las últimas capas sociales, cubra toda la periferie de la Nación. Todo ese vasto edificio del lenguaje podría completarse con el «Museo de la Palabra», donde con el tiempo irían almacenándose no sólo la voz vibrante de los hombres más esclarecidos de cada país, sino, sobre todo, los acentos característicos de las innumerables formas dialectales, que se extienden por toda el área geográfica, siendo este Museo el testimonio viviente y de mayor excepción, perenne e incorruptible, que no sólo dirimiría, en lo futuro, cuestiones hoy insolubles con respecto a la pronunciación de lenguas muertas o en desuso, que en los años venideros pudieran suscitarse, sino que señalaría, con trazo indeleble, los verdaderos ejes donde se centra y cobra firmeza y estabilidad la propia lengua, evitando posibles desviaciones — como acontece ahora a los que beben una lengua en fuentes espúreas, como,

según nos han asegurado, a los que, en nuestros días estudian como auténtica lengua castellana, la lengua hablada, no en España, sino en alguna de las numerosas repúblicas Sudamericanas—; encontrando, entonces, la lengua hablada, como los cuerpos en la salud, en el enrobustecimiento y cultura de su léxico, el equilibrio estable eliminador y demoledor de toda impureza y vileza; puesto que la cultura técnica es la base indestructible de toda la futura grandeza de las lenguas habladas.

Este nuevo ideal de la máxima cultura del lenguaje nos permitirá, aunque sólo sea soñando, columbrar—una vez apagado el fuego de la guerra— una nueva Era social, en la cual prendiendo en las almas el incendio sagrado del lenguaje, broten de los labios y de los corazones ingentes llamas llenas de lumbre, que, uniendo en abrazo universal, por encima de todas las naciones enemigas, las almas hermanas de todos los pueblos, hagan posible encauzar otra vez el mundo por los radiantes caminos de nuevas Eras de gloria.



RF-15-67